

ALTERNATIVAS A LA DEPENDENCIA: LA POLÍTICA EXTERIOR

Por Ricardo Valero

"Se llega a un punto en que no hay nada más que la esperanza y entonces descubrimos que aún lo tenemos todo".

Ricardo Reis

La Novedad de la Patria

Desde siempre, México ha sido un país propenso a la metáfora. Cada intento por entender y explicar los procesos nacionales ha ido acompañado por una rica e ilustrativa sucesión de imágenes. Las tareas de interpretación histórica y aun las vinculadas con el diseño de un proyecto nacional difícilmente pueden disociarse de una mezcla de intelecto y emoción que traza nuestra cultura política y, en general, el sentido de nuestra tradición.

¿Qué nos dice a los mexicanos la palabra modernidad? ¿Para todos los pueblos significa lo mismo? hay que señalar, de entrada, que se trata de una concepción especialmente controvertida. No pocos pensadores contemporáneos la refieren a un estilo en la reflexión filosófica en tanto que otros la asocian específicamente con las ideas políticas y, en especial, con el valor actual de las vanguardias. Hay quienes ponen énfasis en el desenvolvimiento de la vida cotidiana y algunos prefieren examinarla a partir de un enfoque más amplio, en el que aparece como un complejo fenómeno cultural. Si bien con matices, todos parecerían coincidir en una preocupación central: ¿qué espera a las naciones al trasponer el umbral de la próxima centuria? De un confuso panorama de posibles respuestas cabe, sin embargo, extraer una: la mirada al mundo actual empieza a convertirse, con toda evidencia, en una proposición de futuro. Inquieta el presente pero más el porvenir.

En el conjunto de ideas que conforman el pensamiento de pueblos como el mexicano debe mencionarse, en contraste con lo anterior, por lo menos un par de peculiaridades. La primera, y acaso más importante, consiste en que la modernidad no aparece siempre como una propuesta hacia adelante. En algunos casos, incluso, se identifica con la actualización de valores que representa más bien un retorno a las fuentes. La historia pesa y compensa. La otra particularidad estriba en que el progreso no ha sido considerado como una idea propia sino como una herencia de los centros de poder y, principalmente, como consecuencia de un proceso de "occidentalización" que postula un problema de índole global. Asia y Europa, América Latina o África afrontan, en realidad, el mismo dilema: ¿cómo preservar los valores propios en una creciente

tendencia a las interdependencias y a la homogeneidad de culturas y civilizaciones?

En el caso de México, no es fortuito que las mentes más brillantes del país hayan empeñado parte de sus esfuerzos en encontrar y analizar las claves que identifican a la nación como una categoría particular. No hablo, desde luego, del proceso de identidad que en rigor se inició en el siglo XVIII sino del surgimiento de una estética definida y nuestra, que nos da la medida y el sentido del tiempo que vivimos, de la modernidad que en realidad somos y representamos.

Llámesse genio de los pueblos, temperamento nacional o idiosincrasia, esa estética significa sentimiento y emoción. No puede ni debe reducirse a la mera expresión artística aunque ésta revela, por excelencia, la obra perdurable de las sociedades. Fruto común, y al mismo tiempo producto específico, contiene los fundamentos del ser y de la conducta esencial de cada pueblo.

Revolución y modernidad son dos categorías políticas e ideológicas indisolubles del México contemporáneo. Una se sostiene en la otra y las dos en el supuesto inevitable del cambio. No se contraponen sino que se complementan. Serían conceptos sinónimos si los lingüistas no nos hubiesen advertido que esas figuras no existen y que, en el mejor de los casos, se trata de equivalencias.

En el primer decenio del siglo XX *lo nuevo* en México es, por ejemplo, recorrer la geografía de la revolución en ferrocarril. El ojo se apoya en una perspectiva visual en que no sólo empieza a aparecer un proyecto político o económico sino, principalmente, una recuperación de la cultura. Eso descubre Eisenstein y lo retrata. Nuestra vanguardia abarca la actividad entera de la sociedad pero se perfila, de modo particular, en la configuración de un modelo propio de vida. A la política y a la economía hay que agregar la estética que aporta la revolución.

Un par de días antes de su muerte, Ramón López Velarde abordó un tranvía para llegar a su casa en medio de un torrencial aguacero. Llevaba en los bolsillos, entre papeles mojados, la versión final de la *Suave patria*, un poema que le había solicitado José Vasconcelos para conmemorar el centenario de la consumación de la Independencia. *Lo nuevo* es, en ese año de 1921, lo mismo que diez años atrás. La vanguardia es una reiteración incesante de nuestros valores. El poema pide volver a la patria, a su novedad primigenia, al origen profundo de las cosas. Volver para ser actuales.

Decía Luis Cabrera que toda revolución implica tanto el empleo de la fuerza como el de la inteligencia. Con la primera se

busca echar abajo un orden político, económico e institucional caduco. Con la segunda, levantar el nuevo edificio de la nación. La genuina tarea revolucionaria equivale a un ambicioso programa de modernización y abarca, en su integridad, la vida y las transformaciones del pueblo.

Por su parte, Jorge Cuesta afirmaba que "nuestra verdadera tradición es el estado revolucionario", a *contrario sensu* de la felicidad palaciega de los viejos administradores para quienes la revolución empezaba a perder impulso.

La novedad de la patria, es decir, su modernización, se planteaba como una propuesta original que "no podía tener por objeto el perfeccionamiento de las oficinas públicas sino, por el contrario, la humanización de la maquinaria administrativa".

A menudo se olvida, en el debate político de nuestros días, que la naturaleza social de la revolución parte de un principio básico de realidad. Como entonces, hoy está también presente la necesidad de dar respuesta a reivindicaciones que, por sus condiciones intrínsecas, no se satisfacen de una vez y para siempre. El desarrollo y la vida democrática, la renovación política y el bienestar de las comunidades exigen una acción de gobierno persistente y reclaman, en forma simultánea, nuevos espacios para la participación de los ciudadanos.

La esperanza que todo representa

La imagen de un mundo en crisis ha sido recurrente en nuestro siglo. Los enfoques pesimistas y las realidades que los engendran se han multiplicado. Por muchos años, sobre todo desde el fin de la segunda guerra mundial, las naciones pobres siguieron esquemas de desarrollo establecidos en función de intereses ajenos. El progreso representaba una visión lineal. Sólo bastaba mantener los criterios impuestos o "sugeridos" para arribar, algún día, a la meta deseada. El subdesarrollo era, además de un eufemismo para designar a la pobreza, una *simple cuestión de atraso* para la cual se recetaba un esfuerzo intensivo de producción. Aparentemente, nuestros países estaban en la trayectoria correcta. Lo único que necesitaban era correr, apresurarse para alcanzar los modelos en escenarios que, a pesar de dicho esfuerzo, se manifestaban remisos a sus deseos y requerimientos.

El pensamiento del tercer mundo se impregnó de un optimismo que muy pronto se transformaría en una profunda frustración. En el caso de América Latina la integración se dirigió a continuar las secuencias del progreso vertical. El avance científico y tecnológico, concebido para otras latitudes, también fue punto de referencia entre nuestros países.

Por contraste, las ideas que cuestionaban esa realidad tenían eco sólo entre algunos sectores minoritarios. Tuvieron que transcurrir todavía varios años para que tales percepciones críticas dejaran de aparecer como "argumentos populistas". De hecho, estos enfoques constituían la vanguardia y representaban, en verdad, un proceso de democratización de la sociedad internacional que modificó el mapa del planeta a partir de los años sesentas.

Con todo, la auténtica cooperación internacional seguía esperando turno. Aún en nuestros días la falta de una comunicación política y de acuerdos efectivos entre las llamadas sociedades postmodernas y los pueblos atrasados define el espíritu de la época.

Predomina en el mundo una idea de progreso que cuestiona a la propia cultura contemporánea. La economía ha dejado de

ser una ciencia tradicional y se empieza a convertir en un proceso en que lo importante es que las cosas sean *factibles*, no que tengan valor social. Los intercambios de bienes están siendo sustituidos por la oferta de servicios que proviene de la formidable evolución tecnológica. Las naciones, como nunca, corren el peligro de transformarse sólo en espacios económicos o en simples mercados. Las ideologías, como expresión particularizada de los pueblos, comienzan a constituir un obstáculo para la uniformidad del desarrollo y para la expresión "natural" de la sociedad postindustrial.

Si las cosas marchan bien, si los indicadores del crecimiento apuntan hacia el auge, si los descubrimientos de la ciencia permiten grandes avances en la producción, en la investigación y hasta en la guerra moderna, entonces el modelo es correcto, lo que funciona es verdad. El progreso es todo *aquello que se puede hacer* y no lo que conviene al conjunto de los pueblos.

No importa que para hacer viable tal realidad se comprometa la soberanía de las naciones o que se transgreda, en nombre de las "libertades fundamentales", la autodeterminación de los pueblos. La intransigencia política está respaldada por la aparente funcionalidad de los sistemas.

La paradoja es que estos fenómenos no son reconocidos por los países avanzados. En sus enfoques mesiánicos someten a una rígida disección ideológica conceptos primordiales como el desarrollo, la democracia y la cooperación. Lejos están de admitir que la modernidad constituye para nuestros pueblos el ámbito de confluencia entre la reflexión crítica y la conciencia histórica.

Saltan a la vista importantes contradicciones en el mundo. Mientras crece la pluralidad social, las estructuras dominantes siguen respondiendo a un autoritarismo anacrónico. Lo mismo ha ocurrido en áreas como la comunicación, la cultura y la ciencia. La necesidad de las naciones en desarrollo de determinar sus propias políticas en esos campos no ha podido ser resuelta del todo. Para una inmensa mayoría de países, la modernidad se ha definido como la imitación de formas que desvirtúan su patrimonio intelectual, artístico y cultural.

Su disyuntiva es ciertamente dramática: integrarse en un sistema productivo determinado por los Estados industrializados, bajo el papel asignado de mercado, o luchar en favor de un proyecto independiente cuya viabilidad no se puede alcanzar sin evidentes sacrificios ni sin disciplina social.

Una política de seguridad nacional como alternativa a la dependencia

Se ha sostenido, con razón, que la política exterior es la condensación de la experiencia nacional. También se señala que se apoya en un conjunto de valores y de principios como la defensa de la soberanía, la no intervención, la autodeterminación de los pueblos y la solución pacífica de los conflictos. Sin poner en duda tales afirmaciones debe admitirse que se trata de principios que, con denominaciones diversas, son proclamados hoy en día por la mayoría de los Estados. Salta a la vista, por ende, que no es suficiente con invocarlos. La escena internacional exige un análisis permanente y una interpretación cuidadosa de la situación a la que tales postulados se aplican. Así, alejada del automatismo, la política exterior es, por encima de todo, una actividad extraordinariamente creativa.

La presencia internacional de México ocurre en ámbitos que se caracterizan, además, por la dinámica del cambio. Siendo así, nuestra diplomacia mal podría circunscribirse a la mera

repetición de principios o reducirse a la denuncia de actos violentos de las normas que rigen la convivencia entre los Estados. Esto es indispensable pero no suficiente. En rigor, se requiere mantener siempre vigente y actualizada una línea de pensamiento que demanda afirmar los perfiles del país y los no pocos prestigios de una trayectoria independiente que conjuga, con congruencia, la doctrina mexicana con los requerimientos cotidianos del país.

La política exterior de nuestro tiempo debe apoyarse en la definición de una estrategia de Seguridad Nacional que preserve y articule, de modo simultáneo, la soberanía, la integridad territorial, los recursos naturales, el sistema productivo, las relaciones políticas y la cultura, aspectos entrelazados que caracterizan la vida de la nación. En este sentido, se debe reconocer la solidez y la consistencia del quehacer diplomático de México. Por ello, es preciso mantener el rumbo y el propósito de nuestra actividad internacional. En algunos casos, incluso, habrá que profundizar acciones puesto que se trata, en gran medida, de tareas y objetivos de carácter permanente. En una apretada síntesis se tendría que examinar los siguientes elementos:

■ Piedra de toque de la política exterior es la relación con los Estados Unidos. En consecuencia, una primera necesidad estriba en desarrollar los nexos conforme a una apreciación realista de su importancia, de la experiencia histórica y, sobre todo, de los intereses mexicanos. Conviene subrayar, al respecto, la inutilidad de buscar condiciones igualitarias ahí donde predomina, inevitablemente, la desigualdad. No es gratuita la aparente antinomia con que Raymond Aron describió el funcionamiento y el horizonte de lo que identificó como la República Imperial. Ello nos advertirá para evitar el deslumbramiento ante la falsa expectativa de una "relación especial" que es inviable y sustrae de su dinámica a nuestros vínculos. Para México, el equilibrio radica no sólo en la calidad y firmeza de sus planteamientos sino en la búsqueda de alternativas que fortalezcan su autonomía y preserven su capacidad de negociación.

■ La elaboración de una estrategia que permita concretar la integración de América Latina como un proyecto de desarrollo independiente, de acuerdo con las características, intereses y recursos de los países latinoamericanos. Será preciso considerar, en este sentido, no sólo el comercio, la complementación industrial y la cooperación científica y cultural sino el desarrollo de proyectos tecnológicos conjuntos.

■ El impulso de las tareas del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política de los ocho países latinoamericanos hacia acciones innovadoras y ágiles que afiancen, primordialmente, la comunicación directa entre los mandatarios y den pie al establecimiento de una genuina comunidad latinoamericana de naciones. Asimismo y sin que signifique sustituir foros existentes, la coordinación diplomática deberá promover la apertura y el mantenimiento de espacios políticos propicios al diálogo con Estados Unidos desde una perspectiva de seguridad regional.

■ El consistente estímulo a la participación de México en América Central, tanto en forma bilateral como en el marco de las gestiones de paz del proceso de Contadora. Si una zona geográfica de América Latina expone, con claridad, el legítimo interés de nuestro país esa sería Centroamérica. A dicha área nos unen fronteras de valor estratégico y vínculos étnicos y culturales de pronunciados rasgos comunes.

La reunión de los presidentes centroamericanos en Guate-

mala ha puesto de manifiesto que existe un interés común y una necesidad compartida de alcanzar la paz, y que son fuerzas externas, aliadas a viejos proyectos hegemónicos, las que buscan imponer soluciones bélicas, erigirse en jueces de los sistemas políticos de la zona y perpetuar sistemas de dominación. México no debe adoptar neutralidades erróneas que nieguen tales realidades. Es antiguo y firme nuestro nexo con las causas de esos pueblos. Lo testimonian las acciones y las propuestas políticas de hombres como Fabela, Calles, Estrada y Cárdenas.

■ La ampliación de los vínculos de México con Europa, en forma individual y coordinada con los demás países de la región. El propósito consiste en explorar nuevas fórmulas de colaboración que constituyan equilibrios indispensables frente a las tendencias internacionales. En este sentido, es importante que las naciones latinoamericanas se signifiquen como una opción confiable que abra espacios a los Estados europeos y les permita sustraerse del enfrentamiento entre las grandes potencias.

■ El fortalecimiento de nuestras alternativas comerciales y la ampliación de la labor internacional de México a través de un mayor contenido de nuestras relaciones con otros países del mundo. En este contexto, es importante participar activamente en la promoción de una zona de desarrollo económico con las naciones de la Cuenca del Pacífico, mediante proyectos de complementación industrial e intercambio comercial compensado.

■ La promoción de las relaciones con los países socialistas en todos los ámbitos de la actividad. Esto permitirá a México cerrar el ciclo universal de su independencia y confirmar los criterios pluralistas de sus vínculos con la comunidad mundial.

■ La formalización del ingreso de México, como miembro de pleno derecho, al Movimiento de Países No Alineados. Con ello no sólo se daría mayor congruencia a los postulados fundamentales de la política exterior sino que se contribuiría a la modernización de las relaciones internacionales y a la consolidación de un foro de alto nivel entre las naciones en desarrollo.

■ La preservación de una política exterior solidaria hacia las naciones que luchan por transformaciones sociales de carácter popular. México no puede dar la espalda a su propio origen revolucionario, que es su fuente de legitimidad y constituye una expresión inequívoca de democracia y de voluntad nacionalista.

■ La vinculación de la defensa de los derechos humanos con la necesidad del desarrollo económico y social así como con la salvaguardia del principio de la soberanía, conforme a las normas constitucionales de cada país. Sin la conjugación de estos factores, el respeto a los derechos humanos estará sustentado siempre en frágiles equilibrios.

■ El fortalecimiento de los organismos internacionales en la inteligencia de que representan, en su estructura y en sus modalidades, las expresiones más señaladas de la democracia en el plano internacional.

■ El impulso, de manera específica, a la actividad de México en favor del desarme y de la proscripción de las armas nucleares, tanto en los foros de las Naciones Unidas como en el marco del *Grupo de los Seis*.

■ La modernización de la Organización de los Estados Americanos a través del ingreso de Canadá y el retorno de Cuba. Esto dará mayor fuerza política a la agenda latinoamericana y favorecerá la restitución del prestigio que ese foro ha

ido perdiendo en detrimento de la acción concertada de América Latina.

■ La promoción de una más activa defensa de los intereses superiores de la nación en temas que constituyen las grandes preocupaciones del mundo contemporáneo. La deuda externa exige una profundización de los enfoques políticos. Demanda, sobre todo, el reconocimiento de que es un problema que afecta al desarrollo pero arriesga, principalmente, la viabilidad misma de los países deudores. Cuestión política por antonomasia, no debe tratarse en forma aislada. El comercio fluido, el financiamiento para el desarrollo y la cooperación constructiva son las bases para su tratamiento adecuado. Ignorar este hecho puede exacerbar las condiciones de un estallido social de inmensas proporciones que modificaría la estructura internacional de nuestro tiempo.

■ La renovación de ideas y el fortalecimiento de la práctica diplomática del país. En este proceso de actualización de nuestros instrumentos políticos, la incorporación activa de los diversos sectores nacionales, el relevo de las generaciones y el fortalecimiento del servicio exterior desempeñan un papel de excepcional importancia en la búsqueda de un consenso fincado en el compromiso irreductible con la nación.

México deberá señalar, conforme a sus principios y necesidades, el perfil de la modernidad a la que aspira. Esta debe comprender valores políticos y reivindicaciones que no se han de confundir con un pragmatismo sin contenidos éticos y sin capacidad de respuesta. No se nos oculta que algunos grupos pugnan por un realismo cínico para la política exterior. Piden anclas porque los marea el movimiento. Reclaman una sospechosa prudencia e invocan principios que, lejos de significar el

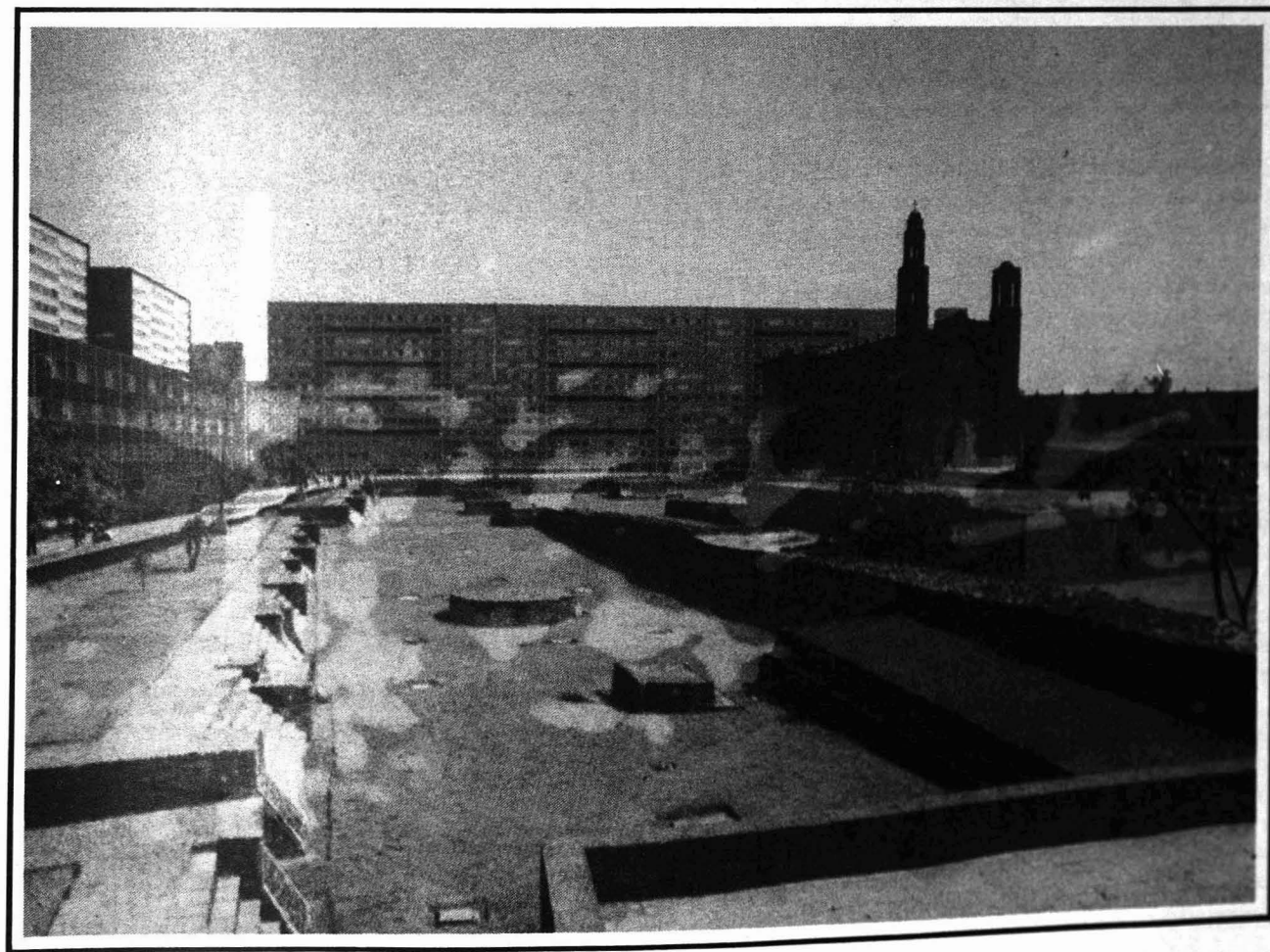
equilibrio de la falsa neutralidad que ellos desean, representan por el contrario posiciones históricas del pueblo de México.

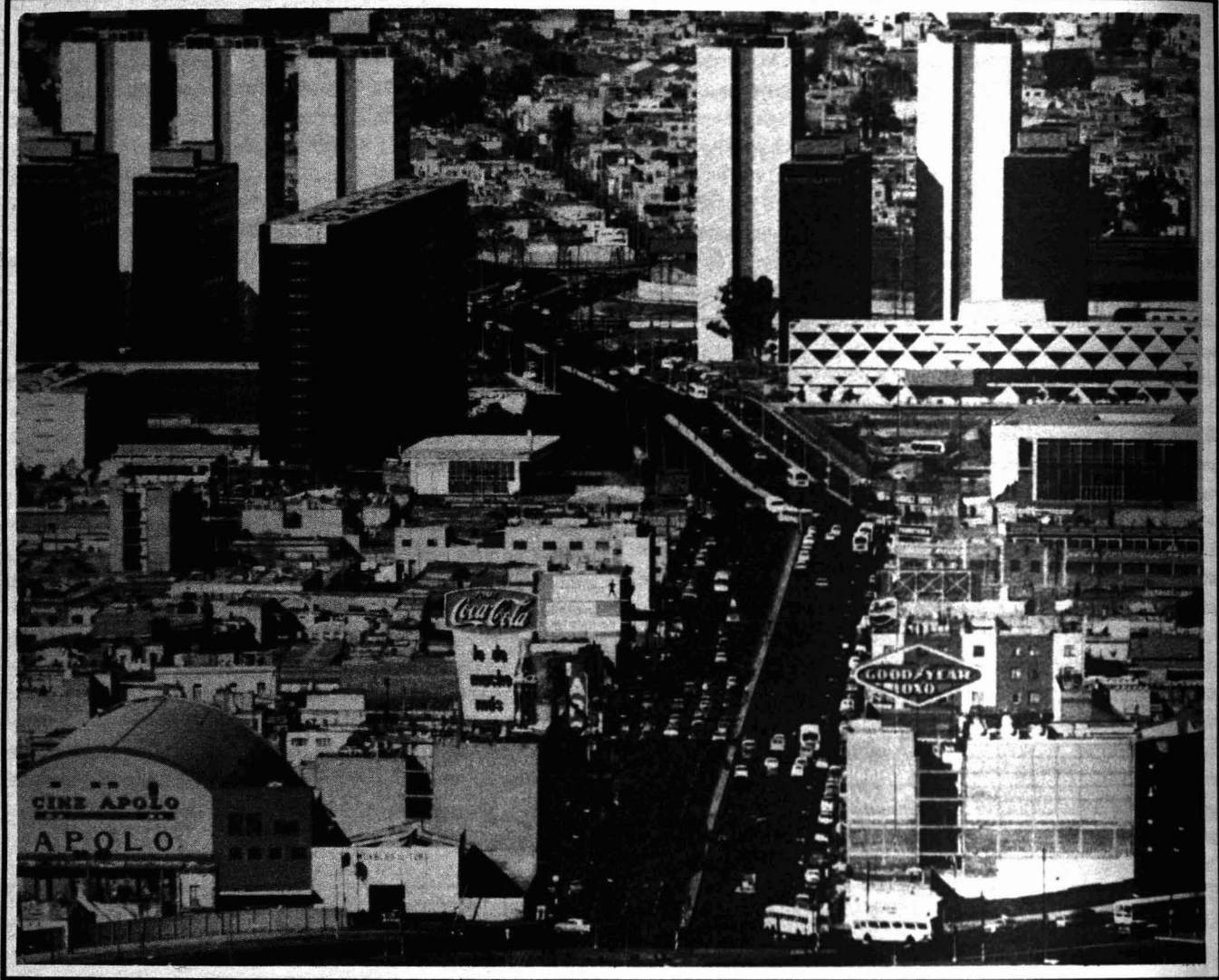
Debemos cuidarnos de esos llamados a una cordura aparente que supone, de hecho, el inmovilismo y el olvido de nuestra dura experiencia nacional. Para ellos, no intervención quiere decir parálisis indiferente y no, como es, una activa promoción de la soberanía. En su opinión, la autodeterminación es sólo autocomplacencia y no la proyección interna e internacional de los valores que nos definen como una sociedad independiente y autónoma. Por eso importa abreviar en las fuentes y mantener vigente la enseñanza de la historia.

La política exterior nacionalista y revolucionaria exige un gran esfuerzo de inteligencia. Esa misma lucidez que ha sido constante en el itinerario internacional de México, desde los días del albor insurgente hasta los actuales, en que buscamos una presencia externa menos vulnerable y una clara e inequívoca alternativa a la dependencia.

El pacto nacional en la política exterior

En el constituyente de 1917, los legisladores puntualizaron, en distintos artículos, las atribuciones institucionales para el diseño y la conducción de la política exterior. Aún no se restañaban las cicatrices de las presiones externas y del intervencionismo. Se requería una nación fuerte, con un liderazgo firme y consecuente ante semejantes realidades. En materia internacional, la división de poderes se concibió como un pacto histórico que comprendió, necesariamente, los poderes gubernamentales pero que se extendió hacia los diversos sectores de la sociedad organizada.





Justamente por su carácter nacional, la Constitución preserva un espacio privilegiado al federalismo que es la base del Senado de la República. Se entendía que la voluntad de la nación, en la cual reside la soberanía, debía expresarse en una activa participación en los asuntos exteriores del país. De hecho ha sido así aunque la complejidad de los escenarios actuales reclama el diseño de nuevos compromisos que enriquezcan la presencia internacional de México.

En todos estos campos decisivos para la defensa de la integridad nacional la sociedad civil y los partidos políticos tienen importantes tareas que cumplir. México necesita un sistema de organizaciones políticas que, en esta materia, debe ir más allá de las contiendas electorales. Es imperativo recoger los impulsos plurales de la nación en un haz de acciones partidistas que reflejen las posiciones de avanzada en el horizonte social y cultural del país. La salud de la estructura política y de una sociedad abierta y participativa, acorde con los tiempos que vivimos, así lo reclama.

En términos de iniciativas, lo anterior significa orientar los actos de los partidos y de las corrientes de opinión hacia dos aspectos fundamentales: en lo interno, a través de la movilización social, el análisis permanente y la difusión de la política exterior; en lo externo, mediante una más decidida participación en la tarea de conjuntar los esfuerzos de formaciones partidistas similares de otras regiones del mundo. Nuestras organizaciones deben defender los valores esenciales de la na-

ción y constituir una auténtica vanguardia de ideas y acción.

La proximidad del nuevo siglo significa un reto de imaginación y esfuerzo para México. Compromete todos los ámbitos de su actividad y demanda transformaciones indispensables. Se trata, también, de una tarea que debe realizarse en planos y escenarios distintos pero con congruencia. Por una parte, supone la modernización integral del país conforme a los cambios mismos de la sociedad mundial. Por la otra, implica la promoción de los valores y de los intereses nacionales en un mundo que provoca y magnifica los escepticismos.

Los partidos políticos tienen la obligación de aportar todo su empeño. Han de actuar con oportunidad y acierto, sin convencionalismos acrílicos ni extemporáneos. Deben hacerlo, sobre todo, a partir de una clara apreciación de sus actividades, de su lugar en la sociedad civil y no, como ha ocurrido en ocasiones, con escasas definiciones propias y mediante actos repetitivos y casi rutinarios.

Ciertamente no es un requerimiento de fácil ejecución. No es posible, por lo menos, sin un profundo sentido de la realidad y sin la firme voluntad de renovación. Nos alienta, como sostiene el heterónimo de Fernando Pessoa, la esperanza que equivale a tenerlo todo. No hay tarea política de mayor entidad que articular, con imaginación, los impostergables procedimientos democráticos y pluralistas con la observancia y la defensa de un proyecto histórico e ideológico que, hoy por hoy, no admite claudicaciones. ◇